Media noche

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Me ha despertado un rumor de pasos y voces que sonaban frente á la casa, turbando la paz de mi retiro. Los pasos eran fuertes y lentos; las voces hablaban un lenguaje extraño, incomprensible para mí.

—¿Qué será ello?—me he dicho. Y arrojándome de la cama, mal vistiéndome, andando á tentones, he abierto las vidrieras.

La luna asoma por el desgarrón de una nube, é ilumina, poetizándolos, la montaña y el mar.

Al pie de la casa han hecho alto mis despertadores, El astro de la noche los destaca, precisamente, sobre la pradera. Marineros son, á no dudarlo.

Altos, robustos, ceñidas las cabezas por boínas y los hercúleos troncos por blusas azules, charlan y se consultan. Unos llevan escondidas las manos entre los pliegues de la faja; otros accionan mordisqueando sus pipas de madera; algunos golpean el suelo con los anchotes pies.

Su complexión atlética y su habla, que continúo sin entender, pero que ya puedo clasificar, les cedulan de vascos. Pertenecen todos á la escuadrilla pescadora anclada en el embarcadero de la Compañía Asturiana. Vienen de Bermeo, de Lequeitio, de Ondárroa, de los puertos vizcaínos, á hacer la pesca del *bonito*. Son gentes honradas, sencillas, con poco fósforo en los sesos, y mucha potencia en los músculos.

¿Qué hacen á tales horas en la extraviada praderá? Me entra la curiosidad de saberlo y adelanto el cuerpo sobre la barandilla del balcón; interpelando al grupo con un «buenas noches, amigos».

—Buenas las tenga—me responden, arrastrando las eses por sus dientes hasta convertirlas en siseo.

—¿Dónde van á esta hora?

—A ver la mar—me replica uno de ello.—Hay que verla, antes de salir, si se quiere volver.

—Y gracias, señor, que así y todo se vuelva—añade otro.

—¿Salen á pescar?

—Fácil será que sí. Si se puede, dentro de dos horas saldremos. Ello, la mar ha de decirlo.

—Y ¿desde dónde váis á ver la mar?

—Desde donde menos engaña; desde el castillo; ahí, más abajo de esos árboles.

—Tengo gusto en acompañaros. ¿Os estorbo?

Los marineros me contemplan haciendo un gesto

de sorpresa burlona. «Este señor que deja la cama para hablar con nosotros á media noche y que se dispone á acompañarnos para ver el aspecto de un mar en el cual no tiene que embarcarse, es un medio loco», deben pensar los vascos. Al menos el gesto suyo transparenta ese juicio.

Tal vez lleven razón. Lo cierto es que se me han quitado las ganas de dormir y que me entristece la solitaria frialdad de mi alcoba. Acabo de vestirme, abandono la habitación, bajo la escalera y me reuno á los pescadores.

La noche está fría; más que de Julio, marceña es. Ráfagas de aire húmedo silban entre matorrales y hierbajos; el mar rompe con estruendo en las rocas; la nube desgarrada echa con otra nube un remiendo á sus rotos, y la luna desaparece dejándonos á obscuras. Una lluvia menuda comienza á caer sobre nosotros. No hay otra luz en el horizonte que la del faro. Esta luz, abriéndose en haz sobre las aguas, esclarece una pequeña extensión suya. De ella sobresale como la joroba de un monstruo el negro rocaje de la barra. Las olas escupen contra aquella joroba espuma rojiza. Fuera de esto, no se ve nada; sólo se oye un rugido amenazador. Es el Cantábrico, que monologuea bravamente en la sombra.

No me opongo á que siglos atras fuese el llamado ahora castillo, un castillo de veras, con todas las bru-

talidades arquitectónicas precisas á la brutalidad material y moral de sus fundadores. Hoy no queda rastro de castillo: ni torreones, ni almenas, ni fosos, ni murallas. Allí sólo existen un casuchón amonterado por ancho cobertizo, un banco de piedra sujeto con argamasa á la pared del casuchón, y un parapeto semicircular asentado en rocas sobre las cuales erízanse despeinadas cabelleras de musgo.

Desde aquel parapeto interrogan los marineros al Cantábrico, pidiéndole permiso para salir á ganarse su pan.

—¿Vas á ser bueno para nosotros, señor y amo de nuestras vidas?—preguntan al mar los pescadores con los mirares de sus ojos inquietos.

El mar no contesta jamás. Hay que adivinarle, no sólo escudriñando su superficie, es decir, su rostro, sino procurando averiguar lo que se revuelve en su fondo, es decir, en su alma. Algunas veces la superficie muéstrase placentera, y en el fondo se prepara la tempestad. Condición es propia á su grandeza este no dejarse conocer fácilmente. ¡Pobre del incauto ó del soberbio que, viéndole sumiso y acariciador, le desprecie, le considere esclavo suyo y pretenda burlarse de él!

Hay también en la especie humana caracteres de esta índole.

Tales eran mis pensamientos mientras los pescadores, puesta su atención en los rafagazos del aire y en los bramidos de las olas, examinaban, estudiaban silenciosamente las tonalidades del cielo y las palpitaciones del Océano. Durante algún tiempo ninguno de aquéllos hombres pronunció palabra.

Al fin, uno de ellos, el menos joven, exclamó:

—Se puede salir; mediano anda; pero vamos, se puede salir, si os parece.

—Saldremos—repuso otro.—Hay que ganar la vida.

Los demás callaron, y todos juntos, volviendo las espaldas al mar, marcharon hacia el embarcadero.

Quedé solo, acodado contra el parapeto, con la frente hundida entre las manos y los ojos del pensamiento puestos en mi conciencia.

Hay un goce supremo—¡infelíz de quien no sepa disfrutarlo!—en estos diálogos de uno con uno mismo, en estás procesiones de recuerdos y de esperanzas, que pasean por el interior de nuestros cráneos todas las imágines dolorosas y alegres, todos los actos malos y buenos que formaron y forman la médula de nuestro existir.

¡Qué peleas tan formidables libran muchas veces nuestra conciencia y nuestras pasiones en tales audiencias solitarias! ¡Cómo respuestas y preguntas se suceden en los dialogares mudos de uno con uno propio!... ¡Salirse de sí mismo para estudiarse y juzgarse y senten-

ciarse á sí mismo también! Es muy ruda, pero muy hermosa faena. Menos mal si, cueste lo que cueste, se logra salir de ella llevando la conciencia tranquila.

Debieron ser, no minutos, horas las que permanecí en aquella actitud.

Cuando alcé la cabeza, estaba la luna próxima á su poniente. No quiso dejar la tierra sin decirle adios, y apareció por entre dos nubes, sobre una ancha franja de cielo azul, alumbrando espléndidamente el espacio que se ofrecía ante mis ojos.

Romantizada por la luna, no era ya la barra monstruosa jiba; monte de plata era, sobre el cual sacudían las olas sus císneos airones. En lluvia de nieve agonizaban otras olas contra las arenas de la playa: polvo de oro parecían las arenas entonees; de aquel polvo arrancaba la montaña verde. A los rayos lunares adquiría el verde montañés melancólicas palideces; hacían soñar ellas con amores de leyenda germana, con vírgenes de cabellos rubios, que, puestos los azules ojos en el mar, aguardaban al caballero libertador de su hermosura. Las caserías trocábanse en encantados palacios de marfil; los árboles, en fantasmas de extendidos brazos, prontos á defenderlos.

Al término de la montaña, flotaba el cabo Oriambre como una gigantesca tortuga asomando la cabezota por el blindado caparazón; y desde el cabo, al frente, á la izquierda, en todo el horizonte que las pupilas descubrían, mostrábase el Cantábrico solo, dominador, desafiando al cielo con las arrogancias de su oleaje y haciéndose espejo de la luna, que temblaba al mirarse en él.

Un ruido de remos distrajo mi atención. Eran las barcas pescadoras que dejaban el embarcadero.

Pasaron cerca de mí cabeceando, recogidas las velas, obedientes al impulso de los remos, dóciles á la maniobra del patrón, que en la popa timoneaba.

Fueron desfilando una á una, con majestuosa lentitud. Nadie entre los hombres que las tripulaban se volvió á mirarme, á decir «adiós» á su compañero de un minuto.

¿Adiós? ¿Para qué? Los marineros iban á buscar el pan, á pelear por la existencia, acaso á perder la vida por ganarla. Cuando se va á eso no se pierde el tiempo dando adioses á un desconocido. Bastantes adioses se dan, no con los labios, con el alma, á los seres queridos, á los que se deja, ignorando si ha de volvérseles á ver.

Pasaron las embarcaciones la barra, tendieron al aire su velamen y echaron mar adentro, empequeñeciéndose por segundos, saltando sobre las aguas temeronas.

La luna se hundió en aquellas aguas bruscamente,

de un salto, como si la hubiera tragado el abismo líquido. La obscuridad volvió á enseñorearse de la tierra y del cielo. Sólo allá, muy lejos, en el oriente del espacio, las nubes se cubrieron de sanguinolentas estrías, prologando el nacimiento de la aurora.

Santa Catalina

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO